

PRESENCIA DE GUSTAVO DE MAEZTU

Ezequiel Seminario Garraus

Corría desde la escuela a través del pasadizo y de los porches bajo el edificio del ayuntamiento hasta la plaza y después cuesta abajo por el portal para salir a la plazuela. El trujal se hallaba a la orilla izquierda de la calle de Las Cruces, la que lleva al camposanto. El trujal lo conformaban unas construcciones anexas, que componían un patio interior abierto, con un costado, el situado a la derecha de la entrada, ocupado por una pequeña huerta llena de yerbajos y matojos con dos higueras, dos cerezos y tres membrillos. La huerta se emplazaba por encima, como a la altura de una planta de la del piso de las construcciones y aparecía cercada por un muro de piedra.

Los inviernos eran rigurosos. Nieve, lluvia y viento hacían de la recogida de la aceituna un trabajo realmente áspero y recio. Los rigores del invierno exigían que las olivas, una vez recogidas y acarreadas, permanecieran un tiempo almacenadas en las dependencias del trujal, secándose y madurando hasta su sazón. Después se procedía a su molturación. Dos piezas cónicas de hierro, de un tamaño considerable, forradas en su superficie de contacto con el piso con planchas de acero granulado, machacaban las olivas sobre el bancal metálico redondo con un canal en rededor donde caía el fruto machucado.

Con esa pulpa y hueso triturados se llenaban las capachas ya ensartadas en el tornillo sinfín de la prensa. Las capachas tenían un agujero en el centro y se conformaban redondeadas con el ribete exterior vuelto hacia dentro por arriba para contener la pasta en el prensado. Las capachas de esparto se apilaban y de inmediato se llenaban con los frutos machacados, la pasta aceitosa, hasta completar de abajo arriba el recorrido del tornillo, y era en ese momento cuando la máquina estrujadora se accionaba con la palanca de mano, que empujaban cuatro de los hombres del trujal. Los chicos echábamos una mano en la labor cuando la palanca ofrecía menos resistencia. Y así, con la operación de prensado cercana a su fin, se vertía agua hirviendo sobre las capachas aplastadas, que terminaban por escurrir las últimas gotas de aceite junto con el agua. El líquido se canalizaba hacia un depósito y de éste, primero en pequeña cascada, caía en otro a más bajo nivel, donde ya se advertía el flotar del aceite verdoso y luciente sobre el colchón del agua que quedaba al fondo. De este segundo se decantaba el líquido a un tercero y por último a un cuarto, el más amplio y profundo, que quedaba por



debajo del piso del trujal y que se resguardaba con unos tablones ajustados a sus bordes por encima de los cuales se podía transitar.

Corría hasta el trujal, porque indefectiblemente me esperaba una succulenta merienda. La hogaza de pan se torraba a la llama para que así tomara un cierto sabor a humo. El pan tostado se frotaba con ajo crudo, que desaparecía con el roce, y luego el pan sobrenadaba por las dos caras unos instantes sobre el aceite del segundo depósito, aquél en que le veíamos

flotar verde y dorado. Un poquito de sal sobre la hogaza untuosa y ya teníamos la merienda servida. No era cosa de perder semejante manjar.

Me vinieron estos recuerdos cuando releí en el libro "Gustavo de Maeztu", de Camino Paredes Giraldo, una de las cartas que el pintor vitoriano, por entonces residente en Estella, su querida Estella, remitía a mi padre, diciéndole:

"Querido Alfredo:

Te incluyo las dos cartas de Arturo; en consecuencia, como veo tiene ganas de venir, hoy le escribo para citarnos en Cirauqui el próximo lunes.

El Brujo de Bargota me dice que hará buen tiempo.

Yo llegaré a la una del mediodía.

Un abrazo de

Gustavo

Hoy jueves.

Tengo bastante con una morcilla y una tostada."

Así quedaron los tres amigos para reunirse, porque el festejo no era para menos, aunque no fue el lunes el día de la reunión, sino el martes cuando se vieron en Cirauqui, como lo concreta Arturo Acebal Idígoras en carta que envía a Gustavo el 24 de enero del cuarenta y dos. Y además añade en su carta que irán en busca de mi padre vestidos de media gala *"para disimular los lamparones"* del todo previsibles. Era la fiesta del aceite nuevo, la fiesta de las tostadas o untadas, más bien, y que desde luego se celebraba en el trujal al calor del fuego del enorme fogón, donde se calentaba el agua de echar sobre las capachas estrujadas.

Al final de la recogida de la oliva, de su molienda y prensado y de la decantación final del aceite, cada cual acarrea su parte en la cosecha con unos pequeños bidones, que mi padre proveía para el transporte del preciado líquido. En las casas se guardaba el aceite en tinaja de barro y cerraban su boca con una tapadera de madera, sobre la que colocaban una pesada piedra, con el fin de que los gatos y otros animales domésticos o no tan domésticos no metieran su hocico en la tinaja y no bebieran de su preciado contenido. Se limpiaban antes las tinajas de barro de las "ondarras" del aceite viejo, unos posos azulados y arenosos. El desecho sólido, que quedaba en las capachas después de su prensado, se almacenaba en el patio abierto del trujal bajo unos porches y luego



se usaba como combustible unas veces y otras como alimento del ganado mezclado con la cebada. A este desecho se le llamaba "güesillo" y también servía en ocasiones de abono para las huertas. No había nada a despreciar de las olivas.

Mas a lo largo del año se suceden las plurales labores del campo, tales como la labranza –arados, brabanes, rastrillos, rodillos–, la poda, la siembra, la escarda, la siega, la trilla, la vendimia. Antes que llegara la recogida de la uva, mi padre liquidaba los restos del vino de la cosecha anterior y así dejar las cubas listas para la nueva. También, ya sin prisas, incluso llegada la vendimia con todas sus faenas, terminaba con las botellas de las añadas que habían cumplido ya los veinte años. A ninguna se le permitía más edad, de modo que se consumían las veinteañeras y además se cataban otras de menos años. Era otro festejo, otro rito, en el que participaban así mismo Gustavo de Maeztu y otros amigos de la casa. Entre ellos recuerdo a Zaragueta, el fotógrafo de Pamplona, y a Basiano, el magnífico pintor de Murchante, de quien conservo un retrato a lápiz de mi padre, trazado sobre un papel carta de la "Sociedad Tradicionalista Círculo Jaimista de Estella". A Basiano lo veía de niño en su estudio de la Catedral de Pamplona cuando acompañaba a mi padre en las visitas que le realizaba.

De entre las cartas de Maeztu a mi padre voy a reproducir también ésta:

"Hoy 22 - Estella.

Querido Alfredo: el domingo día 26 –tenemos un festival vasco flamenco en mi estudio, cuya comida empezará a las

2 de la tarde. La fiesta en sí, flamenca- 7 flamencos de los más castizos del país, amenizan la reunión de 4 a 7 de la tarde.

Estás invitado. Vendrán 7 u 8 personalidades de Vitoria, tu amigo Arturo, y alguno que otro de Donostia. Total 10 ó 12.

Estás invitado.

La terminación del retrato de Dn. Ezequiel se aplaza hasta 1^{os} de Mayo.

Tengo un quehacer loco.

Telegrafía si vienes.

Manda a tu buen amigo Gustavo.

Saludos a Mme. Garraus."

Y hay otra más con estas palabras:

"En tu poder supongo, hace tiempo una barrica de vino. Por tu hermano sé que tu mosto, no es de tu agrado, pero como yo estoy sin una gota de mosto, y a mi edad no se puede vivir sin ese líquido que se llama vino... por que viene del cielo, te ruego hagas lo siguiente. etc."

Con esta última misiva a la vista creo que Gustavo de Maeztu estaría en los festejos de la vendimia. Además sería en esos días del año cuando me dibujó la cuesta que bajaba hacia la plazuela por el costado de nuestra casa, el que tenía la puerta que cotidianamente usábamos para entrar en ella. La puerta principal de la casa daba a la calle de Santa Catalina a la vuelta de la esquina que se ve en la estampa. Creo que fue en la vendimia, puro otoño, cuando realizó el dibujo, dado el color que presenta al fondo el monte Iguste. Incluso las ropas de los cuatro personajes que aparecen en él nos dicen que estábamos en un tiempo intermedio, a verano pasado hacia el invierno. Lo esbozó a lápiz, como se ve, y lo iluminó con aquellas pinturas Alpino que nos compraban a los chicos para nuestros trabajos en la escuela. Mi pequeño cuadro está realizado expresamente para mí y en mi presencia, rápidamente, yo facilitándole las pinturas y los dos de espaldas a la plaza del Ayuntamiento, con una destreza que me parecía arte de magia. Me gusta mi pequeño cuadro por sus azules, sus ocre, sus blancos sucios y esos ligeros retoques marrones, rojos y verdes. Me gusta por esa casa blanca al fondo de la cuesta con la puerta oval, que daba a un patio abierto al cielo y cercado por una tapia altísima, la casa de la pequeña venta-



na en la pared que sube hasta el tejado, la casa donde quedé encerrada para siempre buena parte de mi niñez. Me gusta por que sé que el viejo de la boina roja es el Sr. Juanito Don Juan, lo decíamos así todo de seguido, quien vivía en una casa de la parte alta del pueblo, cuya fachada, con su Sagrado Corazón incluido, daba al atrio de la iglesia de San Román.

Éste es mi pequeño cuadro, obra de Gustavo de Maeztu, el amigo de mi padre y mío, a quien quiero recordar ahora, en el año de mil novecientos noventa y siete, en el que se cumplen cincuenta desde su muerte. Quiero sencillamente decir que ahora, debido a esa circunstancia, mis recuerdos sobre Gustavo de Maeztu y alguno de los lugares que él contempló, se han hecho en mí más intensos, y me ha parecido oportuno reflejarlos en este escrito. Es un pequeño homenaje a este vitoriano de Estella, o al revés, este estellés de Vitoria, llamado Gustavo de Maeztu Whitney.

-Vitoria 30 agosto 1887 - Estella 9 febrero 1947-